



LA EDAD DE ORO

57.—Dan-Auta

(Cuento negro).

Una vez, hace mucho tiempo, en un tiempo que está en la espalda del tiempo, se casó un hombre con una mujer. Solos, se fueron al bosque, cultivaron la tierra y se hicieron cuanto necesitaban. Tuvieron una hija que llamaron Sarra. Pasaron soles y soles, y cuando Sarra era ya moza, tuvieron otro hijo, tan pequeño que le llamaron Dan-Auta. Poco después el padre enfermó. «Me muero—se dijo el padre,—y llamó a Sarra: «Me muero—le dijo el padre—. Dan Auta queda junto a ti. No le abandones, y, sobre todo, cuida de que Dan-Auta no llore nunca». El padre dijo esto y se murió.

Poco después la madre enfermó. «Me muero»—se dijo la madre, y llamó a Sarra: «Me muero—dijo a Sarra la madre—. Dan-Auta queda junto a ti. No le abandones, y, sobre todo, cuida de que Dan-Auta no llore jamás». La madre dijo esto y se murió.

Permanecieron solos en el bosque Sarra y Dan Auta. Pero les quedaba un hórreo lleno de maíz, y un hórreo lleno de harina del árbol del pan, y un hórreo lleno de habichuelas, y un hórreo lleno de sargo. Sarra dijo: «Con esto tendremos bastante para alimentarnos hasta que Dan-Auta sea hombre y pueda cultivar la tierra».

Sarra se puso a moler maíz para hacer comida. Cuando tuvo la harina delgada la puso en una calabaza y la llevó a la choza para cocerla. Luego salió a buscar leña, dejando solo a Dan-Auta que, menudillo, se arrastraba por el suelo y apenas podía aún tenerse sobre los pies. Dan Auta se aburría, y, acercándose a la calabaza, la volcó; luego tomó ceniza del hogar y la mezcló con el maíz. Cuando Sarra volvió, al ver lo que Dan-Auta había hecho, exclamó: «¡Ay, Dan-Auta mío! ¿Qué has hecho? ¿Has tirado la harina que íbamos a comer?» Dan-Auta comenzó a sollozar. Pero Sarra dijo en seguida: «No llores, no llores, Dan-Auta! Tu Baba (padre) y tu Inna (madre) dijeron que no llorases nunca!»

Sarra volvió a salir y Dan-Auta a aburrirse. En el hogar llameaba un tizón. Dan-Auta lo tomó, y, arrastrándose fuera de la choza, puso fuego al hórreo del maíz, y al hórreo de harina del árbol del pan, y al hórreo de habichuelas, y al hórreo de sargo. En esto llegó Sarra, y, viendo todas las despensas consumidas por el fuego, gritó: «¡Ay, Dan-Auta mío! ¿Qué has hecho? ¿Has quemado todo lo que teníamos para comer? ¿Cómo viviremos ahora?»

Dan Auta, al oírlo, comenzó a sollozar; pero Sarra se apresuró a decirle: «¡Dan Auta mío, no llores! Tu padre y tu madre me dijeron que no llorases nunca. Has quemado cuanto teníamos; pero ven, ya buscaremos qué comer».

Sarra colocó a Dan-Auta en su espalda, y sujetándolo con su vestido, echó a andar por el bosque. Sarra encontró un camino y caminó por él hasta llegar a una ciudad. Acertó a pasar por el barrio del Rey. La primera mujer del rey los recibió y se quedaron a vivir con ella. Cada día les daba de comer.

Sarra llevaba siempre a Dan-Auta atado a su espalda. Las otras mujeres le decían: «Sarra, ¿por qué llevas siempre a Dan Auta sobre tu espalda? ¿Por qué no le pones en el suelo y le dejas jugar como los otros chicos?» Y Sarra respondía: «Dejadme hacer mi hacer. El padre y la madre de Dan-Auta han dicho que no llorase nunca.

Mientras lleve a Dan-Auta sobre mi no lloraré. Tengo que cuidar de que Dan Auta no llore».

Un día dijo Dan-Auta: «Sarra, yo quiero jugar con el hijo del rey». Sarra entonces lo puso en tierra, y Dan-Auta jugó con el hijo del rey. Sarra tomó un cántaro y salió por agua. En tanto, el hijo del rey cogió un palo y Dan-Auta cogió otro palo. Ambos jugaron con los palos. El hijo del rey y Dan Auta se pusieron a dar palos. El hijo del rey y Dan-Auta se pusieron a darse de palos. Dan-Auta, de un palo, le sacó un ojo al hijo del rey, y el hijo del rey quedó tendido.

En esto Sarra llegó. Vio que Dan-Auta había sacado un ojo al hijo del rey. Nadie estaba presente. El hijo del rey comenzó a gritar. Sarra dejó el cántaro, y, tomando a Dan Auta, salió de la casa, salió del barrio del rey, salió de la ciudad todo lo de prisa que pudo.

Nadie estaba presente cuando Dan-Auta sacó el ojo al hijo del rey; pero el niño gritó. El rey, al oírlo, preguntó: «¿Por qué llora mi hijo?» Sus mujeres fueron a ver lo que ocurría, y, al notar la desgracia, comenzaron a gritar. Oyó el rey los gritos de sus cuarenta mujeres, y acudió, presuroso. «¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho esto?»—preguntó el rey—. Y el hijo del rey repuso: «Dan Auta».

«¡Salid!—dijo entonces el rey a sus guardias—. ¡Id por toda la ciudad! ¡Buscad por toda la ciudad a Sarra y Dan Auta!». Los guardias salieron y miraron casa por casa; pero en ninguna hallaron lo que buscaban. En vista de ello, el rey llamó a sus gentes: llamó a todos sus soldados, llamó a los de a pie y a los de a caballo, y les dijo: «Sarra y Dan-Auta han huído de la ciudad. Busquémoslos en el bosque. Yo mismo iré con los de a caballo para buscar a Sarra y Dan-Auta».

Dos días seguidos había corrido Sarra con Dan-Auta al lomo. Al cabo de ellos no podía más, y justamente entonces oyó que el rey y sus caballeros llegaban en su busca. Había allí un árbol muy grande, y Sarra dijo: «Subiré al árbol y así podré ocultarme entre las hojas con Dan-Auta».

Subió, en efecto, al árbol, con Dan-Auta a su espalda, y se ocultó entre la tupida fronda.

Poco después llegaba junto al árbol el rey con sus caballeros. «He cabalgado dos días—dijo—y estoy cansado: poned mi silla de cañas bajo el árbol, que quiero descansar». Así lo hicieron sus hombres y el rey se tendió en su silla bajo la rama donde Sarra y Dan-Auta posaban.

Dan-Auta se aburría; pero vio al rey allá abajo y dijo a Sarra: «¡Sarra!». Sarra dijo: «¡Calla, Dan Auta, calla!» Dan-Auta comenzó a sollozar. Sarra se apresuró a decirle: «¡No llores, Dan-Auta, no llores! Tu padre y tu madre me dijeron que no llorases nunca. Dí lo que quieras». Dan-Auta dijo: «Sarra, quiero hacer pis. Quiero hacer pis encima de la cabeza del rey». Sarra exclamó: «¡Ay, Dan-Auta, nos matarán si haces eso; pero no llores y haz lo que quieras!»

Dan Auta llevó a cabo su propósito. El líquido cayó sobre la cabeza del rey. El rey llevó la mano a su cabeza, y, mirándola luego, exclamó: «¡Esto es porquería!»

El rey miró entonces a la pompa del árbol. Vió a Sarra, vio a Dan-Auta, y gritó: «Traed hachas y echemos abajo el árbol». Sus gentes corrieron y trajeron hachas.